

Sarmiento y El Lugareño

Por Marcelo Pogolotti

0000121

LA óptica y la púpila de Gaspar Betancourt Cisneros, *El Lugareño*, y de Faustino Domingo Sarmiento exhiben sugestivas semejanzas. Hace poco señalaba Elías Entralgo la precedencia cronológica de algunos conceptos económicos, sociales, pedagógicos y raciales del primero, lo que no implica, por supuesto, una negación de la incuestionable superioridad cultural del segundo, si bien las directrices de ambos resultan por igual acertadas dentro de las fronteras espacio-temporales de sus respectivos países, cuando vinieron al mundo. No obstante las dimensiones puramente locales del uno y las continentales del otro el camagüeyano y el sanjuanino ofrecen sorprendentes analogías.

Se ha dicho que Sarmiento quiso liberalizar el conservadurismo. Exactamente el mismo juicio puede aplicarse a *El Lugareño*, quien aspiró a sincronizar las misoneístas clases poseyentes de su ciudad natal con la marcha del tiempo hacia el capitalismo industrial. Tanto el uno como el otro eran educadores natos que no perdían de vista un sólo instante las oportunidades de impartir enseñanzas, no ya al través de sus escritos, sino con acción directa a lo largo de la vida, movidos por el sentido práctico que los caracterizaba.

Por eso *El Lugareño* conjugaba la educación con el progreso técnico, y otro tanto cabe afirmar en cuanto a la conceptualización sarmentina de la lucha entre civilización y barbarie. Ambos pertenecen a la escuela utilitarista, con su creencia en la eficacia de la levadura social y económica de la empresa individual y el egoísmo creador. Los dos eran joviales por temperamento y convicción. Su mismo sentido práctico les indujo a adoptar formas de expresión populares y americanas, más extremadas y locales en el caso del cubano. Sarmiento, más literato,

repudiaba, empero, las efusiones líricas y las elaboraciones literarias a consecuencia de su postura utilitarista. Sin negar las virtudes de la belleza estimaba que, dado el estadio de su evolución, los hispanoamericanos harían mejor en entregarse por entero a las tareas prácticas. Mas, a pesar de sus dotes y su cultura, la prosa coloquial de *El Lugareño* resulta más sabrosa, y no menos precisa, amena y flu-



Domingo F. Sarmiento

yente, que la suya, con un lenguaje elemental adecuado al público al que se dirigía.

Desde luego que el norteamericanismo de los dos autores salta a la vista. Pero también llama la atención la identidad de postura frente a Europa, con su vieja cultura refinada entre montones de ruinas. Aquí Sarmiento se revela, así mismo, más asequible al ensalmo de la belleza, pero lo supedita a las consideraciones prácticas, reconociendo en el Viejo Continente una mezcla de grandeza y abyección.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

La lectura de sus Viajes de Valparaíso a París editados con un excelente prólogo de Alberto Palcos por la casa Hachette, confirma lo dicho. En su carta, fechada en París el 4 de septiembre de 1846, reacciona con violencia contra el reproche que le dirige Aberastain: "Se toma usted extrañas libertades al escribirme; abusa usted de sus títulos de mentor de mi primera juventud..." que "no le autorizan a usted a decirme que... en adelante escriba sobre cosas útiles, prácticas, aplicables a la América, so pretexto de que un hombre entre nosotros debe ser teórico y práctico, repicar y andar en la procesión. ¡Cómo! ¿A mí se dirigen estos consejos? ¿Era usted, por ventura quien en San Juan, construía máscaras en carnaval, fundaba en mala hora colegios, y creaba el Zonda, aquel diario...? ¿Era usted, doctor, el que iba a la cárcel antes de pagar los doce pesos que el Podestá nos cobraba inconstitucionalmente por el sexto número, para ultimarlos, como lo consiguió?" Sin embargo, la carta, sobre la Isla de Más-a-luera, aludida por Aberastain, o sea la de Juan Fernández, donde se supone naufragó Robinson Crusoe, está plétórica de lecciones, v.g., hasta el momento de abandonarla se refiere a la naturaleza humana al señalar que incluso aquella pequeña comunidad de cuatro hombres que la habitaba, se había dividido en dos bandos enemigos. Comentando la lentitud del viaje a causa de la falta de viento, observa que los pasajeros acaban por armarse de paciencia. En su correspondencia no desperdicia una sola ocasión para moralizar.



El Lugareño

Al igual que El Lugareño, nunca olvida su papel de maestro. Pero, como él, le confiere la talla de forjador de pueblos y de intérprete del progreso. Así, sin menguar su misión de estudiar los sistemas de la enseñanza primaria, sus cartas atesoran penetrantes análisis y certeras apreciaciones políticas, sociales y económicas de los países que visita.

Su estancia en la Montevideo sitiada le da pie para un amplio y documentado ensayo, con impresionantes contrastes étnicos, ilustrativo de su tesis sobre las corrientes civilizadoras de la inmigración selectiva, no muy disímil de la sustentada por El Lugareño, bien que limitada por la circunstancia colonial cubana de entonces. Ello no le impide criticar severamente la desintegración política europea, resultando pintoresco su similitud entre el hemisferio francés y una valla de gallos; ni desconfiar de las libertades republicanas invocadas por los caudillos, las que hacen derivar las democracias hispano-americanas hacia el despotismo y la anarquía.

M. de. 2/952